

y mil excesos justificados siempre por la vileza del cuerpo (33). España, infestada con esta secta, se convirtió en una escuela de impudicia.

La Iglesia hacia frente á todas estas herejías; su lucha perpétua nos da la razón de aquellos concilios, de aquellos sínodos, de aquellas asambleas de distintos nombres y de todas clases que encontramos desde el nacimiento del Cristianismo. Es cosa prodigiosa la actividad incansable de la comunidad cristiana: ocupada en defenderse de los edictos de los emperadores y de los suplicios, viéndose al propio tiempo obligada á combatir contra sus hijos y sus enemigos domésticos. Tratábase en verdad de la existencia misma de la fe; si no se hubiesen estirpado continuamente las herejías del seno de la Iglesia, por medio de cánones, y no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas en los escritos, los pueblos no hubieran sabido ya á qué religión pertenecían. Rodeado de las sectas, que se hubieran propagado sin obstáculos y ramificándose hasta lo infinito, habríase perdido el principio cristiano en sus numerosas derivaciones, cual se pierde un río en la multitud de sus canales.

De este análisis resulta que las herejías se impregnaron del espíritu de los siglos en que se sucedieron. Sus consecuencias políticas fueron inmensas: debilitaron y dividieron el mundo romano: los frailes arrianos abrieron la Grecia á los Godos, los Donatistas el Africa á los Vándalos; y para sustraerse á la opresión de los Arrianos, los obispos católicos entregaron la Gália á los Francos. En Oriente el nestorianismo arrojado á la Persia, pasó á las Indias, y fué á unirse al culto de Lama, y á constituir en los altares de un dios extraño la gerarquía y las órdenes monásticas de la Iglesia cristiana y originó también la especie de poder problemático y fantástico del Preste-Juan. Por otra parte, una porción de sectas variadas que proscribían el fanatismo griego, se refugiaron confundidas en Arabia: de la confusión de sus doctrinas, profesadas juntamente en el destierro, y confeccionadas por la imaginación oriental, salió el mahometismo, herejía judaico-cristiana, en la que el odio ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los odios diversos de todas las infidelidades con que se formó la religión del Alcorán.

Mirando las cosas desde mas alto en sus relaciones con la gran familia de las naciones, las herejías no fueron mas que la verdad filosófica, ó la independencia del entendimiento del hombre, negando su adhesión á la idea adoptada. Tomadas en tal sentido, las herejías produjeron efectos saludables; ejercitaron el pensamiento, evitaron la barbarie completa, manteniendo despierta la inteligencia en los siglos rústicos y mas ignorantes, conservaron un derecho natural y sagrado, el derecho de elegir. Siempre habrá herejías, porque el hombre que nace libre, hará siempre elecciones. Aun en el caso de que la herejía repugne á la razón, justifica una de nuestras facultades mas nobles, la de inquirir sin registro y de obrar sin trabas.

TERCERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS PAGANOS.

Un paganismo prolongado ó instituciones contrarias á la verdad humana, habían introducido la gangrena en el corazón del mundo romano. El Evangelio podía producir santos aislados, y familias piadosas, caritativas y heroicas; mas no podía estirpar súbitamente un mal arraigado por una civilización antinatural. El Cristianismo reformó las costumbres públicas antes de purificar las costumbres privadas; corrigió las le-

yes, y estableció los dogmas de la moral universal antes de obrar eficazmente sobre la generalidad de los individuos. Así hemos visto la esclavitud, la prostitución, la exposición de los recién nacidos, los combates de los gladiadores, prohibidos legalmente por Constantino y sus sucesores (efecto glorioso del encumbramiento del Cristianismo al poder); pero hemos hallado también el mismo fondo de corrupción en el trono. Los emperadores, es cierto, no se hacían ya culpables de aquellas infamias cínicas con que se mancillaron á la faz del sol, como Tiberio, Caligula, Nerón, Domiciano, Commodo y Eliogábalo; pero comenzaron los crímenes interiores del palacio, una depravación secreta, una vida de intrigas, y un sistema en fin que se parecía mas á las cortes modernas: lo único que el Cristianismo pudo hacer al pronto fue obligar á los vicios á ocultarse.

La corrupción del imperio romano dimanó de tres causas primordiales: el culto, las leyes y las costumbres; y como aquel imperio encerraba en su seno una multitud de naciones situadas en diferentes climas, y que habían llegado á distintos grados de civilización, todas estas naciones mezclaban sus corrupciones particulares á la del pueblo dominador; de aquí provino que el Egipto comunicase á Roma sus supersticiones, el Asia su molición y el Occidente y el Norte de Europa su desprecio á la humanidad.

La sociedad romana hablaba dos lenguas, y se componía de dos genios: la lengua latina y la griega, el genio griego y el latino. La lengua latina se concretaba á una parte de la Italia, á varias colonias africanas, ilirias, dálicas, galas, germánicas y bretonas, mientras que Alejandro había llevado su lengua materna hasta los confines de la Etiopía y de las Indias: servía de idioma intermedio entre los pueblos que no se entendían, y hablábanla en Roma hasta los esclavos y los que vendían yerbas. El genio griego comunicó á los Romanos la corrupción intelectual, las sutilezas, la mentira, la vana filosofía, y cuanto menoscaba la sencillez natural; el genio latino entregó á estos mismos Romanos á la corrupción material, á los excesos de los sentidos, á la licencia, y á la crueldad.

Si pasamos de estas generalidades al examen particular de la religión, de las leyes, y de las costumbres encontramos á la idolatría perfectamente calculada para autorizar los vicios: el hombre no hacia mas que imitar las acciones de los dioses (1). Júpiter sedujo á una mujer transformándose en lluvia de oro; ¿por qué yo, misero mortal, no he de hacer otro tanto? (2). Ovidio (y la autoridad es original) no quiere que las doncellas vayan á los templos porque verían allí á cuantas hizo madres Júpiter (3). Las mujeres se prostituían públicamente en el templo de Venus en Babilonia (4). En la Armenia, las familias mas ilustres consagraban sus hijas vírgenes aun á aquella diosa (5). Las mujeres de Byblis que no consentían cortarse los cabellos en el luto de Adonis, para lavarse de esta impiedad, tenían que entregarse un día entero á los extranjeros. El dinero que dimanaba de tan santa mancha, se consagraba á la diosa (6). Las doncellas de la isla de Chipre corrían á la orilla del mar antes de casarse y ganaban con el primero que se presentaba el dinero de su dote (7).

Nada habia mas célebre que el templo de Corinto, que contenía mil ó mil doscientas prostitutas consagradas á la madre de los amores. Aquellas cortesanas eran consultadas y empleadas en los negocios de la república como las vestales (8).

Luciano, en los *Diálogos de los dioses*, censura riéndose las torpezas de la mitología. Juno se queja á Júpiter de que ya no la acaricia desde que ha robado á Ganímedes: Mercurio se burla con Apolo de la aventura de Marte, encadenado por Vulcano en los brazos de Venus y Venus incita á París al adulterio, diciéndole: «Helena no es negra, puesto que nació de

un cisne; ni grosera, pues estuvo encerrada en la cáscara de un huevo. Tengo dos hijos: el uno hace amable el objeto, y el otro inspira amor; pondré al primero en tus ojos, y al segundo en el corazón de Helena, y te enviaré las Gracias por compañeras juntamente con el Deseo.» Mercurio dice á Pan: «¿Con qué acaricias á las cabras?»

Los ladrones, los homicidas y demás tenían sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséñame el arte de engañar, y que me crean justo y santo» (9).

Los misterios de Adonis, de Cibeles, de Priapo y de Flora, se representaban en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Veíase á la luz del sol lo que se oculta en las tinieblas, y el sudor del oprobio helaba alguna vez el infame desnudo de los actores (10).

El orden legal, en armonía con el orden religioso, convertía estos desórdenes en costumbres aprobadas. Pensábase sin duda que la ley Escantinia era rigurosa porque exceptuaba tan solo de la prostitución pública á los *Mancebos de calidad*. Incluía en el tesoro el tributo que pagaban las prostitutas, y Alejandro Severo aplicó aquel dinero á la reparación del circo y de los teatros (11).

En una sociedad en que diez millones escasos de hombres, disponían de la libertad de mas de ciento veinte millones de sus semejantes, se concibe la facilidad con que podían satisfacerse los diferentes vicios. La esclavitud era un manantial inagotable de corrupción: la única definición legal del esclavo lo decía todo *Non tam vilis quam nullus*: no tan vil como nulo. El señor tenía derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, y este no podía adquirir sino en provecho del señor. Leemos en el libro vigésimo primero del título primero del edicto *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios. . . .»

«Si desde la venta ha perdido el esclavo algo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa como una mujer que le haya parido un hijo. . . . si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte, si se ha empleado en combatir contra las fieras en la arena, etc.»

Inmediatamente despues de este título viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados que principia del mismo modo que el de la venta de los esclavos: «Los que venden caballos deben declarar sus defectos, sus vicios ó sus enfermedades, etc.»

Todas las miserias humanas se encierran en aquellos textos que los legistas romanos anunciaban sin sospechar siquiera la abominación de semejante orden social.

Las crueldades ejercidas con los esclavos horrorizan: ¿prompiase un vaso? mandaban echar en los viveros de peces al criado torpe, cuyo cuerpo iba á engordar las murenas favoritas adornadas con anillos y collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido á un jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre (12). Abandonaban ó mataban á los esclavos enfermos; los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibían el aire sino por una ventanilla estrecha. El dueño de un siervo podía condenarle á las fieras, venderlo á los gladiadores, y obligarle á cometer acciones infames. Los Romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las mujeres destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su dueño, perecían con el culpable todos sus compañeros

inocentes. La ley *Petronia*, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino el Píadoso, de Adriano y de Constantino, fueron ineficaces para remediar estos abusos que estirpó el Cristianismo.

El instinto de la crueldad romana se encuentra en las penas aplicables á los crímenes y á los delitos. La ley prescribía el castigo de la cruz (á la que sustituyó la horca) (13), el fuego, la decapitación, el precipitar á los reos, el ahogamiento en la cárcel, los azotes hasta morir, el entregarlos á las fieras, los trabajos en las minas, el destierro á las islas, y la pérdida de la libertad.

En los primeros tiempos colgaban al culpable, con la cabeza envuelta en un velo, de unos árboles llamados malhadados y maldecidos por la religión, tales como el álamo (14), el aliso y el olmo, reputados como estériles. No se podía dar la muerte sino con la cuchilla, no con el hacha, la espada, el puñal y el palo: la muerte por el veneno ó por la privación de alimentos permitida al pronto, fue prohibida despues.

Estaban exceptuados del tormento los militares y las personas ilustres ó distinguidas por su virtud; estas trasmitían el privilegio á su posteridad hasta la tercera generación. También se sustraían del tormento los hombres libres de estirpe no plebeya, excepto en el caso de ser acusado del crimen de lesa magestad contra el primer gefe del Estado; pero el pavor de los tiranos y la vileza de los jueces, implicaban esta acusación en todas las causas.

Los tormentos se reducían al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo, á las planchas de hierro candente, á los garfios con que arrastraban (15), y á las garras con que despedazaban. Un mismo hombre podía ser puesto repetidas veces en el tormento: y si varios individuos eran acusados del mismo crimen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas joven (16).

No bastaban aun estas invenciones horribles de la inhumanidad, y se dejaban el arbitrio del juez (17) los límites de los tormentos. De aquí nació esa arbitrariedad de los suplicios, de que he hablado ya anteriormente.

Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio de ellos, y el gobierno confiscaba los esclavos que sobrevivían cuando se habían declarado contra sus señores (18).

Pasemos de esta narración sucinta de la perversidad de Roma pagana por la religión y las leyes, á la pintura de la corrupción de las costumbres.

El único pueblo que haya convertido en tiempo alguno el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: unas veces eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices* oriundas de familias nobles (19), que se mataban mutuamente para divertir al populacho mas abyecto ó deleitar á la sociedad mas escogida; otros los prisioneros de guerra á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, por la noche, á la luz de las antorchas y en presencia de cortesanas enteramente desnudas; obligaban á los padres, á los hijos y á los hermanos á degollarse mutuamente para desvanecer el tedio de un Nerón, y mejor todavía de un Vespasiano y un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, figuraban en estos juegos de los hombres por una justa igualdad y fraternidad. La muerte quiso aparecer un día en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas bocas hambrientas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen encontrado felizmente los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de diferentes clases despues del triunfo que Trajano obtuvo contra los Dacios, y diez mil gladiadores sucumbieron en los juegos, que duraron ciento veintitres días.

La ley romana estendía sus cuidados maternales á

las fieras carnívoras, prohibiendo darles la muerte en Africa, del mismo modo que se prohíbe matar á las ovejas, madres de los ganados. El ruidoso choque de las cuchillas, los rugidos de las fieras y los gemidos de las víctimas cuyas entrañas se veían esparcidas por la arena, perfumada con esencia de azafrán ó con aguas de olor (20), encantaban á la muchedumbre: al salir del anfiteatro corría á deleitarse en los baños, ó á los sitios cuyas muestras brillaban bajo las bóvedas que han dado su nombre á la violación de la castidad. Aquellos espectadores desapiadados de la muerte, que le miraban sin poder aprender á morir, rara vez concedían la vida: si el gladiador imploraba gracia, las Delias, las Lesbias, las Cintias, las Lidias, todas aquellas esposas de los Tíbulos, de los Cátulos, de los Prodercios y de los Horacios, hacían la señal de muerte con la misma mano cuyos muelles halagos habían sido celebrados por las musas (21).

El placer de la sangre daba nuevo realce á los festines particulares: cuando se habían hartado y comenzaba á despuntar la embriaguez, llamaban á los gladiadores, y el salón resonaba con aplausos cuando caía muerto uno de los dos combatientes. Un romano ordenó en su testamento que se hiciese pelear del mismo modo á las mujeres hermosas que había comprado, y otro mandó lo mismo respecto de los esclavos jóvenes á quienes había tenido amor (22).

El lujo de los edificios superaba en Roma á cuanto pueda decirse: la casa de un rico era una ciudad entera donde se encontraban foro, circo, pórticos, baños públicos y bibliotecas. Los dueños vivían en ella durante el día en salones adornados con pinturas que la luz del sol no alumbraba; al presente no podemos verlas aun sino al resplandor de las antorchas, hoy que la noche de los siglos y las tinieblas de las ruinas han añadido su oscuridad á la de aquellas bóvedas. Una obra falsamente atribuida á Luciano hace el elogio de una habitación; representase esta vivienda como una mujer modesta cuyo adorno es á sus encantos lo que la púrpura es á un vestido. Y sin embargo la habitación que tan sencilla parece al autor de este trozo de retórica, tiene paredes pintadas al fresco, techos con marcos de oro, y todo lo que en el día sería reputado de la mayor magnificencia.

Pasando de la crueldad á la lujuria, ¿quién ignora las *spintrix* de Tiberio y los incestos de Caligula? ¿Quién no ha oído hablar de Mesalina, y del tálamo á que llevaba el olor de sus infamias? Neron se casaba públicamente con hombres (23). Con la herida que causó á Sporo, inventó una nueva mujer. No hablaré una palabra de Vitelio, ni de Dominiano.

El lujo de los banquetes y de las fiestas dejaba exhaustos los tesoros del Estado y la fortuna de las familias; era preciso buscar las aves y los pescados mas raros por los países y las costas mas remotas. Engordaban toda clase de animales para la mesa, hasta ratas. De las puercas solo comían las tetillas, dejando lo demás para los esclavos.

Ateneo consagra once libros de su *Banquete* á la descripción de todos los pescados, mariscos, cuadrúpedos, aves, insectos, frutas, vegetales y vinos que usaban los antiguos en sus festines. Tómase el trabajo de instruir á la posteridad de que los cocineros eran personajes importantes, familiarizados con la lengua de Homero, y á quienes se hacía aprender de memoria los diálogos de Platon; Ponían los platos en la mesa, contando: *Uno, Dos, Tres* (24), y repitiendo de este modo el principio del *Timco*. Habían hallado el medio de presentar un lechón entero asado por una parte y hervido por la otra (25). Molían juntos sesos de gallinas y de puercos, yemas de huevos y hojas de rosas, y formaban del todo una masa odorífera que cocían á fuego lento con aceite, garo, pimienta y vino (26). Antes del festín comían cigarras para excitar el apetito (27).

Ya he hablado de aquel Eliogábalo, á quien sus compañeros daban el sobrenombre de *Vario*, porque le suponían hijo de una mujer pública y de varios padres. Alimentaba á los oficiales de su palacio con tripas de barbos, sesos de faisanes y de tordos, huevos de perdiz, y cabezas de papagayos (28). Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apameas, y á sus leones papagayos y faisanes (29). Por su parte comía patas de camellos, crestas arrancadas á gallos vivos, tetas y vulvas de jabalinas, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes revueltos con granos de oro, lentejas con piedras de centella, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas (30); también usaba de perlas en vez de pimienta blanca para salpicar las criadillas y los pescados. Inventor de manjares y de bebidas, mezclaba el almáiga con el vino de rosa. Un día ofreció á sus parásitos una ave-fenix, y á falta de ella mil libras de oro (31).

En verano daba banquetes cuyos adornos variaban cada día de color: en las estufillas, en las ollas, en los vasos de plata, que pesaban cien libras, veíanse cinceladas figuras del dibujo mas impúdico (32). Aduladores viejos, sentados en torno del señor del banquete, acariciábanle al comer.

Los lechos de mesa, de plata maciza, estaban sembrados de rosas, violetas, jacintos y narcisos. El artesonado dando vueltas vertía flores con tanta profusión que casi ahogaban á los convidados (33). El nardo y los perfumes preciosos alimentaban las lámparas de estos festines, en que se contaban algunas veces veinte y dos servicios. A cada servicio se lavaban y pasaban á los brazos de otra mujer (34).

Nunca comía Eliogábalo pescados cerca del mar; pero cuando se hallaba distante de él, mandaba distribuir á su servidumbre lechecillas de lamprea y de lobos marinos. Arrojan al pueblo piedras preciosas con frutas y flores, y le enviaban á beber á las piscinas, y á los baños llenos de vino de rosa y de ajenojo (35).

Ya he mencionado algo de las impurezas y de las bodas de Eliogábalo. Agradábase principalmente representar la historia de Páris; caían sus vestidos de repente, y aparecía desnudo teniendo la mano en uno de sus pechos, y tapándose con la otra como la Venus de Praxiteles: arrodillábase, y se presentaba á los ministros de sus deleites (36). Abandonó á Zotico el cochero, y dióse en matrimonio á Hierocles, llevando su pasión al postrero á tal grado, de obscenidad que no sería posible decirlo: pretendía celebrar así los juegos sagrados de Flora (37). Cual buen romano, unía la inmolation de las víctimas humanas á los excesos, eligiéndolas entre los hijos de las familias mas distinguidas, y cuidando de que viviesen sus padres y madres para que fuera el dolor mas excesivo (38).

Eliogábalo vestía ropajes de seda bordados de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado, la misma sortija, la misma túnica (39); ni conoció jamás segunda vez á una misma mujer (40). Los almohadones en que se acostaba se llenaban con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices (41). A un carro de oro embutido de piedras preciosas (Eliogábalo despreciaba los carros de plata y de marfil), unía dos, tres y cuatro mujeres hermosas, con el seno descubierto, y hacía que le arrastrasen en su cuadriga. Algunas veces iba desnudo, como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro (42), cual el sol conducido por las Horas.

Si tales iniquidades y locuras perteneciesen únicamente á un solo hombre, nada debería deducirse con relación á las costumbres de un pueblo; pero Eliogábalo no había hecho sino reunir en su persona los vicios que habían dominado antes de su reinado desde Augusto hasta Cómodo. ¿Deberá, pues, causarnos

admiración que existiese al propio tiempo en las catacumbas de Roma, y en las arenas de la Tebaida, otro pueblo que con austeridades y lágrimas invocase la creación de otro universo? Debían desaparecer de la tierra aquellos cocheros del circo, aquellas prostitutas de los templos de Cibeles, que causaban pavor á la luna (43), con sus horribles desenfrenos, aquellos forzadores de testamentos, aquellos envenenadores, aquellos trimalciones, toda aquella peste del anfiteatro, raza juzgada y condenada.

La impureza no era el fruto particular de la educación de los tiranos, un privilegio del palacio, ni una gracia de la corte, sino el vicio dominante en la tierra pagana griega y latina. El pudor, como virtud no como instinto, es hijo del Cristianismo: si alguna excusa podían alegar los antiguos, era que no remontándose á mas altura que á la inclinación animal, no habían formado de la castidad la idea que nosotros tenemos de ella.

Los sabios en Atenas, examinaron doctamente cuándo comenzó el amor en los mancebos. Los unos le remontaron al tiempo de Júpiter, y los otros al de Minos que se enamoró de Thesea; otros por fin al de Laios que robó á Crisippo, hijo de Pelope su huésped. Gerónimo el Peripatético alaba este amor y hace el elogio de la legión de Tebas; y Agnon el Académico refiere que entre los Espartanos era lícito á la juventud de ambos sexos el prostituirse legalmente antes del matrimonio.

En el *Diálogo de los amores*, que v rosísimamente no es de Luciano, introduce el autor en la escena dos personajes, Caricles y Calicrátidas, los cuales defienden en un bosque del templo de Gnido, el uno el amor de las mujeres y el otro el de los mancebos. Licinio y Theomnesto son jueces del debate. Atacando Caricles á su adversario, despues de haber hecho el elogio de sus mujeres, le dice: «Tu víctima padece y llora tus odiosas caricias (44): si se permiten tales desórdenes entre los hombres, preciso es dejar á las Lesbias su estéril voluptuosidad (45).»

Calicrátidas toma la palabra y niega algunos argumentos de Caricles: «¿Los leones no se casan con los leones, dices? es que los leones no filosofan.» (46) Calicrátidas hace en seguida una pintura satírica de la mujer: «Por la mañana al levantarse del lecho se parece la mujer á una mona; las viejas y las criadas ordenadas en fila como en una procesion, la presentan los instrumentos y las drogas de su tocador, una palanquilla de plata, un aguamanil, un espejo, hierros para rizarse, afeites, botes llenos de opiatas y de unguentos para limpiarse los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos: parécenos asistir al laboratorio de un farmacéutico. Cubre la mitad de su frente con los rizos de su cabellera, mientras que la parte restante de la misma cabellera, flota sobre sus hombros. Las cintas de su calzado están tan apretadas que entran en su carne; y no tanto puede decirse que se ha vestido, como encerrado en una tela transparente que deja ver lo que aparenta ocultar. Adorna con perlas preciosas sus orejas, con brazaletes de figura de serpientes de oro sus puños y sus brazos: ciñe su cabeza una corona de diamantes y de piedras de las Indias; largos collares penden de su cuello; brillan en su calzado de púrpura talones de oro y colora sus impúdicas mejillas para disimular su palidez. Así adornada, sale á adorar diosas desconocidas y fatales á su marido, á cuya adoracion siguen iniciaciones de mala nota y misterios sospechosos (47). Vuelve á casa, y pasa de un baño prolongado á una mesa suntuosa, donde se harta de alimento gustando todos los manjares con la punta del dedo. Aguárdala un lecho voluptuoso donde se entrega á un sueño inesplicable, si es sueño, y cuando sale de su muelle tálamo corre presurosa á las térmias vecinas (48).»

De esta sátira, pasa Calicrátidas á la alabanza de los

jóvenes: «Levántase antes de la aurora, entra en una agua pura, estudia las máximas de la sabiduría, toca la lira, doma su vigor los caballos de Tesalia, arroja el venablo: es á la vez Mercurio, Apolo y Cástor. ¿Quién no será amigo de semejante mancebo (49)? El amor era el mediador de la amistad entre Orestes y Pílates que bogaban juntos en el mismo barco de la vida (50): es muy bello estimularse á las acciones heroicas por una triple comunidad de placeres, peligros y gloria. El alma de los que aman con este amor celeste habita las regiones divinas, y dos amantes de esta clase reciben despues de la vida el premio inmortal de la virtud (51).» Calicrátidas expresa aquí la opinion de Platon y de Sócrates, declarado el mas sabio de los hombres.

Liciano sentencia el proceso: deja las mujeres á los hombres vulgares, y los mancebos á los filósofos. Theomnesto se rie de la supuesta pureza del amor filosófico, y concluye por la pintura de una seducción, cuya desnudez apenas puede soportarse bajo el velo de la lengua griega ó latina.

Los personajes mas eminentes de la Grecia y las celebridades mas notables, sufrieron el yugo de tan degradantes pasiones: Alejandro hizo ruborizar á sus soldados con sus familiaridades con el eunuco Bagoar. Pericles vivía públicamente con la esposa de su hijo (52), y defendió ante los tribunales á Cimon, acusado de incesto con su hermana Elpinice, y Elpinice fue el precio de la gastada elocuencia del triunfante orador (53). Sófoeles sale de Atenas con un mancebo que le roba el manto, y Eurípides se burla de Sófoeles declarándole que ha poseído por nada á la misma criatura (54). Sófoeles le responde en verso: «Eurípides, fue el sol y no un mancebo quien me despojó del manto, agobiándome con su calor; pero á tí te ha llevado Boreas en los brazos de una mujer adúltera (55).» El extravagante Diógenes bailaba con la elegante Lais, que se entregaba á él, y el voluptuoso Aristippo, amante de Lais, aprobaba la particion. En la tumba de Diocles celebraban los mancebos todos los años la fiesta de los besos, y el mas lascivo obtenía la corona (56). Diocles había sido un infame. Ateneo nos refiere tambien el papel que representaban las cortesanas, y Luciano las lecciones que se daban mutuamente: Aspasia, Frinea, Lais, Glicera, Flora, Guathena; Gunathena, Mánia, y tantas otras, se han convertido en personajes que se confunden con los mas graves y hermosos recuerdos de la historia, de las artes y del ingenio.

Un rasgo particular distingue el *Diálogo de las cortesanas* de Luciano. El autor saca frecuentemente á la escena á una madre y á una hija: la madre es la que corrompe á la hija, la que procura quitarle los remordimientos y el pudor, la que la instruye en el libertinaje, en la mentira, en el robo, la que la aconseja prostituirse al mas villano, al mas feo, al mas infame, con tal que pague bien, y que sea fácil despojarle de sus riquezas. En cuanto á las cortesanas jóvenes, casi siempre experimentan una pasión sincera y cándida; recurren á los encantos, como la maga de Teócrito, para llamar á los amantes veleidados, ocupándose en arrancarlos no solo de los brazos de los rivales, sino tambien de los rivales filósofos. Quelidionon propone á Drosa escribir con carbon en la pared de Ceramico: *Aristeneto corrompe á Clinias*: este Aristeneto era un filósofo que había quitado Clinias á Drosa. En fin, encuéntrase entre los diálogos de Luciano, el de Clonarion y Leaena, consagrado á la pintura de los desórdenes de las mujeres, que están trazados como los desórdenes de los hombres. Leaena es amada de una mujer rica de Lesbos, Megila, ligada ya con Demonassa, vecina de Corinto. Estas dos mujeres invitan á Leaena á participar de su lecho comun. Megila arroja lejos de sí su cabellera postiza, quedase desnuda y con la cabeza rasa como un atleta (57). Leaena entra en detalles bastante exten-

sos con Clonacion, y se niega á darle los postreiros (58).

Formábase una idea inexacta de estas obras si se juzgasen como esos libros malos destinados entre nosotros á la depravacion de la juventud, pero que no pintan el estado general de la sociedad. Los padres de la Iglesia se esplican como Luciano y como Ateneo: Clemente de Alejandria indica escenas de la misma naturaleza que las referidas en el *Diálogo de los amores*, y cita en otra parte hechos contados por el mismo Luciano (59): habla de la Venus de Gnido, mancillada en su templo, y de Filoenis, «á quién, dice Fleury, se atribuía un escrito que trataba de las lascivias mas criminales de que son capaces las mujeres.» San Justino asegura en su apología que la obra de Filoenis andaba en manos de todos (60).

En varias naciones se concedía un premio al mas impúdico (61). Había ciudades enteras consagradas á la prostitucion: inscripciones escritas en las puertas de los sitios del libertinaje, y la multitud de simulacros obscenos hallados en Pompeya, han dado lugar á creer que esta ciudad gozaba de semejante privilegio. Los filósofos meditaban sin embargo sobre la naturaleza de Dios y del hombre en aquella Sodoma: sus libros desenterrados, han resistido menos á las cenizas del Vesubio que las imágenes de bronce del museo seereto de Pórtici. Caton el Censor alababa á los jóvenes abandonados al vicio que cantaban los poetas (62). Concluidos los banquetes veíanse en los lechos del festin niños desventurados que aguardaban los ultrajes (63).

Ammiano-Marcelino ha descrito á los descendientes de los Cincinatos y los Publicolas del siglo IV (64). «Distingúense por sus carros altos: sudan bajo el peso de su manto, tan ligero sin embargo que el menor soplo del viento lo levanta. Sacúdenle con frecuencia del lado izquierdo para ostentar las franjas y dejar ver su túnica, donde hay bordadas varias figuras de animales. Extranjeros id á verlos, y os abrumarán á caricias y á preguntas; volved allí, y parecerá que nunca os hayan visto. Recorren las calles con sus esclavos y sus bufones... Delante de estas familias ociosas marchan primero los cocineros ahumados; en seguida esclavos con sus parásitos, y cierran el acompañamiento los enucos viejos y jóvenes, pálidos, lívidos y horrorosos.

«Si envían á enterarse del estado de un enfermo, el criado no se atreve á volver á la morada de su señor antes de haberse lavado desde la cabeza hasta los pies. El populacho no tiene otro abrigo durante la noche que las tabernas y los lienzos tendidos sobre los teatros: juega á los dados con furor, ó se divierte en hacer un ruido innoble con las ventanas de las narices (65).

Los que se ensoberbecen por que llevan los nombres de los Reburros, los Faburros, los Pagonios, los Gerios, los Dalios, los Tarascios y los Perrasios, van á los baños cubiertos de seda, y acompañados de cincuenta esclavos; y apenas entran en la piscina, gritan «¿Dónde están mis criados?» Si hallan alguna criatura gastada en otro tiempo en el servicio del público, alguna vieja que traficó con su cuerpo, corren á ella y la prodigan asquerosas caricias. ¡Y estos son los hombres, cuyos antepasados reprendían á un senador, por haber dado un beso á su esposa delante de su hija! ¿Queréis saludarlos? Semejantes á los toros que van á herir con las astas, inclinan la cabeza á un lado, y no dejan libre sino la rodilla ó la mano para que las bese el humilde cliente.....

«En medio de los festines pedían balanzas para pesar los pescados y las aves. Treinta secretarios con las tablillas en la mano enumeraban los servicios. Si un esclavo llevaba demasiado tarde el agua tibia, le daban trescientos latigazos; mas si un vil favorito comía un asesinato, ¿qué queréis? decía el señor; ¡es un

miserable! Castigaré al primero de mis criados que obre así.»

«Si estos ilustres patricios van á ver una casa de campo, ó á una partida de caza que dan otros en su presencia; si se hacen transportar en barcas pintadas, por un tiempo algo caloroso, desde Puteoles á Caieta, comparan sus viajes á los de César y Alejandro. Una mosca que se pose en las franjas de su dorado abanico, un rayo de sol que atraviese algun agujero de su quitasol, los desconsuela, y quisieran haber nacido entre los cimmericos (66).

Cincinato hubiera perdido la gloria de la pobreza, si despues de su dictadura hubiese cultivado un campo tan extenso como el espacio que ocupa uno solo de los palacios de sus descendientes (67). El pueblo no vale mas que los senadores; no lleva sandalias en los pies, y se hace dar nombres retumbantes: bebe, juega y se abisma en licenciosos excesos; el gran circo es su templo, su morada, su foro. Los mas viejos juran, por sus arrugas y sus cabellos canos, que la república está perdida, si tal cochero no parte el primero y pasa rozando diestramente la meta. Estos señores del mundo, estimulados por el olor de los manjares, siguen á las mujeres que gritan como pavos reales hambrientos, y se deslizan á la sala á comerse hasta á los amos» (68).

La molición del pueblo pasó al ejército, y el soldado prefería los cantares obscenos al grito de guerra; ya no le servía como antes una piedra de almohada sobre una cama de armas, y bebía en copas mas pesadas que su espada (69); sabía el valor del oro y de las piedras preciosas: habia pasado ya aquel tiempo en que habiendo encontrado cierto legionario en el campo de un rey de Persia un saco de piel lleno de perlas, las tiró sin saber lo que eran y solo se llevó el saco (70).

El soldado romano abandonó la coraza y dejó el pila y la espada corta; y entonces desnudo como los Bárbaros é inferior en fuerza fue vencido fácilmente. Vegecio atribuye las derrotas sucesivas de las legiones al abandono de las armas antiguas (71).

Los desórdenes de la policía de Roma eran extraordinarios; júzguese por un suceso ocurrido en el reinado de Teodosio I.

Los emperadores habian construido grandes edificios donde estaban los molinos y los hornos que servían para moler la harina y cocer el pan distribuido al pueblo. Habian levantado varias tabernas cerca de estos edificios, y algunas mujeres públicas atraían los transeuntes á aquellas tabernas, donde apenas fijaban el pié caían en subterráneos por medio de trampas y allí permanecían presos el resto de su vida, obligados á dar vueltas á las piedras, sin que jamás supiesen sus parientes lo que habia sido de ellos. Un soldado de Teodosio, cogido en el lazo, sacó un puñal, mató á los que le detenían y se escapó. Teodosio mandó demoler los edificios que encubrían aquellas madrigueras, é hizo desaparecer igualmente las casas de prostitucion donde se retiraban las mujeres adúlteras (72).

La anarquía de las provincias era igual á la que reinaba en la capital del imperio. Salviano declara que no hay castigo que no mereciesen los Romanos; los compara con los Bárbaros, hallándolos inferiores en caridad, sinceridad, castidad, generosidad y valor. Hace la descripción de la Septimania. «Todo se encuentra allí: viñas, prados esmaltados de flores, vergeles, campos cultivados, bosques, árboles frutales, rios y arroyuelos. ¿No deberían los habitantes de esta provincia cumplir sus deberes para con un Dios que tan próvido se ha mostrado con ellos? Pues bien: el pueblo mas venturoso de las Galias es al propio tiempo el mas desordenado (73). La gula y la impureza dominan por do quiera. Los ricos menosprecian la religión y el bien parecer, la fe del matrimonio no es ya un freno, y la esposa legítima se halla confundida con

las concubinas. Los señores se valen de su autoridad para obligar á sus esclavas á entregarse á sus deseos; y reina la abominacion en los sitios donde las doncellas no gozan ya la libertad de ser castas. Encuéntranse romanos que se entregan á todos los desórdenes, no en su casa, sino en medio de los enemigos y entre las cadenas de los Bárbaros.

«Las ciudades están llenas de sitios infames, que no frecuentan menos las mujeres de calidad que las de clase humilde; miran este libertinaje como uno de los privilegios de su nacimiento, y no se glorían menos de aventajar á las otras mujeres en lujuria que en nobleza (74).

«No hay nadie ya, continúa el nuevo Jeremías, para quien no sea un suplicio la prosperidad de otros. Los ciudadanos se proscriben mutuamente: las ciudades y las poblaciones son presa de una multitud de tiranuelos, jueces y publicanos. Los pobres se ven despojados, y las viudas y los huérfanos oprimidos; y algunos romanos van á buscar entre los Bárbaros una humanidad y un abrigo que no encuentran entre los Romanos. Otros, reducidos á la desesperacion, se sublevaron y viven del robo y del pillaje: dánles el nombre de rebeldes (75), convirtiendo en crimen su infortunio: ¡y sin embargo, no son las proscripciones, las rapiñas, las concusiones de los magistrados las que han sepultado á estos desgraciados en semejante desorden? Los propietarios de escasa fortuna que no se han fugado, se echan en los brazos de los ricos para que los socorran, y les entregan sus patrimonios. ¡Felices los que pueden tomar en arriendo los bienes que entregan gratuitamente! Mas no los poseen largo tiempo: caen de infortunio en infortunio, y del estado de colonos á que se han reducido voluntariamente, pasan luego al de esclavos (76).»

Este pasaje de Salviano es uno de los documentos mas importantes de la historia: nos manifiesta como varió en el siglo VI el estado de las propiedades y de las personas; como el propietario de escasa fortuna entregó sus bienes y en seguida su persona al gran propietario para que le protegiera. Este efecto violento de la necesidad se convirtió por de pronto en uso, y de allí á poco en ley: dióse el *alodio* al bárbaro que lo trocó en *feudo*, mediante el servicio, y así se estableció la dependencia y la propiedad feudal.

Es preciso añadir á las causas de la destruccion de las leyes y de las costumbres paganas una última causa, poderosa en las clases elevadas de la sociedad: la filosofía.

He hecho observar ya que las sectas filosóficas eran respecto del paganismo lo que las herejías respecto del Cristianismo, en su relacion inversa de la verdad con el error. La verdad filosófica no fue en su origen sino la verdad religiosa, ó hablando mas correctamente, la filosofía, que nació en los templos, y fue cultivada al pronto en secreto por los sacerdotes. La verdad filosófica (la independencia del espíritu del hombre en la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales) se debió hallar alterada segun los tiempos y los lugares. Los hombres colocados en la infancia del mundo buscaron y creyeron descubrir las leyes misteriosas de la naturaleza en la causa que mas obraba á sus ojos.

Así es que los sacerdotes de Caldea consideraron la luz de que estaban inundados en su hermoso clima como una emanacion del alma universal, y no tardaron en atribuir á los astros que observaban, una influencia esencialmente particular sobre el hombre y sobre la naturaleza. La luz, disminuyendo su fuerza al alejarse de su foco, creaba en el camino del cielo á la tierra seres cuya inteligencia variaba segun el grado de fecundidad que quedaba al rayo creador. El sistema de los sacerdotes caldeos produjo la teoria de los genios, y los usos y las costumbres se encadenaron á la marcha de las estaciones.

Los magos, no considerando en la luz sino el calor, hicieron del fuego el principio de todo: y como habia, segun ellos, una materia tosca que se resistía á la accion del fuego, dedujeron de esto los dos principios: el espíritu y la materia, el bien y el mal. Por el fuego ó el calor se reproducian el alma humana y los genios de la religion secreta de los Caldeos.

Los sacerdotes de Egipto se persuadieron en las orillas del Nilo, de que el agua era el agente de una alma universal para la produccion de los cuerpos. Habiendo observado que existen en el hombre entendimiento, y en el animal instinto, dedujeron una inteligencia que tiende á unirse con la materia, y que quiere producir siempre cosas perfectas al paso que la materia se opone incesantemente á la perfeccion. Mas parece que miraban el principio bueno y el malo como igualmente materiales, lo cual producía una doctrina de ateísmo y de materialismo, profesada por el pueblo mas supersticioso de la tierra.

Hoy que conocemos mejor las Indias, y que sus lenguas sagradas han sido descubiertas y profundizadas ya por los sabios de Europa, hallamos en aquellas regiones inmensas sistemas metafísicos de todas clases, y cultos de todas las formas, hasta de la forma cristiana; hallamos tres principios excelentes, aunque confundidos con ideas extravagantes: la existencia de un Dios supremo, la inmortalidad del alma, y la necesidad moral de obrar bien.

Pero esta necesidad moral de la filosofía india tuvo una consecuencia tan inesperada como desastrosa: de la necesidad del bien seguía que el alma del hombre debía volver al seno de Dios, si practicaba la virtud, ó encerrarse en otros cuerpos en la tierra si se habia abandonado á los vicios. Este círculo inevitable de la sociedad religiosa hizo estacionaria á la sociedad política: todo quedó limitado á castas que no tenían mas movimiento que el de esos bonzos que permanecen días enteros en la misma actitud por espíritu de sacrificio y de perfeccion. El resultado que produjo el materialismo en la China, y la supersticion en Egipto, lo obtuvo la filosofía en las Indias; ató al hombre á su cuna y á su tumba.

La ciencia sublime quedó pues cautiva en los colegios sacerdotales de la Caldea, la Persia, las Indias y el Egipto. Hagamos justicia á los Griegos que sacaron la filosofía del fondo de los templos, del mismo modo que el Cristianismo la hizo salir de las escuelas filosóficas. Así fue practicada secretamente la filosofía por los sacerdotes, y así dió su primer paso: estudiáronla algunos ingenios superiores de la Grecia fuera de los santuarios, con lo cual dió el segundo paso, y generalizóronla los cristianos entre el pueblo: tal fue su tercero y último paso.

Los Griegos que arrebataron primero la filosofía á las iniciaciones, fueron poetas y legisladores, como Lino, Orfeo, Musco, Eumolpo y Melampo. Siguiéronles, cuando la sociedad estaba mas ilustrada, Tales, Pitágoras y Ferecides; viajando por las Indias, la Persia, la Chaldea y el Egipto, penetraron sus sistemas por las doctrinas que habian estudiado con los sacerdotes de sus comarcas. Tales, como los Egipcios, admitió el agua por elemento general, y se convirtió en jefe de la filosofía experimental; una de las ramas de su escuela produjo la filosofía moral personificada en Sócrates. Pitágoras engendró la filosofía intelectual que divinizó Platon. Aristóteles, ingenio positivo y universal, supuso una materia eterna y formas matemáticas invariables, encerradas en la misma materia. Concluyó el mundo por dividirse entre las dos escuelas de Platon y de Aristóteles, entre el sistema de las formas y el de las ideas.

Las conquistas de Alejandro difundieron la filosofía griega por el globo, donde aquella se enriqueció con nuevos conocimientos.

«Alejandro oídenó á todos los vivientes que tuvie-

sen por su país la tierra habitable, y por su castillo y sus almenas el campamento: que todos los hombres de bien se reputasen por parientes, teniendo únicamente por extraños á los malvados: por último, que el Griego y el Bárbaro no se distinguiesen por el manto, ni por la forma del broquel, ni por la cimitarra, ni por el alto capacete, sino que se conociesen y diferenciá- sen, el Griego por la virtud, y el Bárbaro por el vicio, de donde resultaba que todos los hombres virtuosos eran griegos, y todos los viciosos, bárbaros.....

¿Qué placer causaría el ver aquellos bellos y santos despo- sorios, cuando reunió Alejandro en una misma tienda cien lindas persianas que se iban á casar con cien mancebos macedonios y griegos, coronado él mismo de flores, y entonando el primero el himno epitalá- mico, como un cántico de alianza universal! (77.)»

Amyot, que introduce aquí sin saberlo la lengua y el reflejo de las costumbres de su siglo en la descrip- cion de la edad filosófica é ilustrada de la Grecia, en nada altera la verdad de los hechos, y les añade un nuevo encanto. No es de mi incumbencia entrar en los pormenores de las sectas filosóficas (78); pero debo recordar que la filosofía de Platon, mezclada con los dogmas caldeos y las tradiciones judaicas, se estable- ció en Alejandría, bajo el reinado de los Ptolomeos: todos los sistemas, todas las opiniones vinieron á parar á este centro de luces y de tinieblas, cuyo caos dispó el Cristianismo.

La filosofía de los Griegos introducida en Roma, conmovió el culto nacional en la ciudad mas religiosa de la tierra. El poeta satírico Lucilo, amigo de Esci- pion, se había burlado de los dioses de Numa; y Lu- crecio intentó sustituirlos con la voluptuosa nada de Epicuro. César había declarado en pleno Senado que con la muerte se acababa todo; y Ciceron, que inqui- riendo la causa de la superioridad de Roma no la en- contraba sino en su piedad, decía contradictoriamente que en la tumba concluía enteramente el hombre. El epicurismo reinó entre los Romanos durante la mayor parte del siglo I de la era cristiana: Plinio, Séneca, los poetas y los historiadores lo atestiguan con sus es- critos, sus máximas y sus versos. El estoicismo reco- bró la superioridad cuando la virtud se elevó al trono.

Estas filosofías distintas que no descendían al vul- go, descomponían la sociedad: no curaban la supersti- cion de los esclavos, y quitaban á sus señores el tem- or de los dioses. Las artes mágicas mas ó menos unidas á los dogmas escolásticos, la teurgia y la goe- cia, producían errores tan deplorables como las men- tiras de la mitología.

Los filósofos, tan pronto desterrados de Roma, como llamados á su seno, se convertían en personajes importantes ó ridículos que se prestaban complacien- temente á la idolatría, á las costumbres y á los crí- menes de su siglo. Encuéntrase al lado de todos los tiranos, y en medio de los excesos de Eliogábalo: es verdad que en honor de la virtud se velaban la ca- beza como Agamenon se cubrió el rostro en el sacri- ficio de su hija (79). El mismo Platino asistía á los desórdenes de Graciano.

Atribuíanse aquellos sabios dones sobrenaturales: desde Apolonio que se trasladaba por el aire á donde queria, hasta Proclo que conversaba con Pan, Escu- lapio y Minerva, no hay prodigios de que no fuesen capaces. Las maneras de vida que afectaban hacían sospechoso lo natural de sus principios. Menedo de Lampsaco se presentaba en público vestido con un ropaje negro, cubierto con un sombrero de corteza, en el que se veían grabados los doce signos del zodia- co; su larga barba le caía hasta la cintura y encara- mado sobre el coturno, se apoyaba en un baston de Fresno: pretendía ser un espíritu salido de los infier- nos para predicar la sabiduría á los hombres (80).

Habiendo caído en un barranco Anaxarco, maestro

de Pirrhon, negóse este á sacarle, porque segun de- cía todo es indiferente en sí, y lo mismo era vivir en un hoyo que sobre la tierra (81).

Cuando Zenon andaba por las ciudades, acompa- ñándole sus amigos por miedo de que le atropellasen los carros, pues no se tomaba el trabajo de escapar de la fatalidad (82). Diógenes hacia el perro en un tonel: Demócrito se encerraba en un sepulcro (83): Herá- clito pacía la yerba de las montañas (84): Empedo- cles, queriendo ser tenido por una divinidad, se pre- cipitó en el Etna: el volcan expelió las sandalias de bronce del impío y se descubrió la superchería (85).

Aquellos solistas se entregaban, asi como los he- resiarcas, á toda clase de locuras: los Platónicos se quitaban la vida como los Circunceliones; y los Cíni- cos violaban el pudor como los Priscilianos. En las escuelas de Atenas y de Alejandría, los maestros mez- claban al pueblo en sus facciones; sus discípulos cor- rían al encuentro de los recién venidos para atraerlos á su doctrina, gritando, saltando y golpeándose á manera de furias.

Luciano representa á Menippo, disfrazado con una clava, una lira y una piel de leon, y gritando: «¡Yo te saludo, pórtico soberbio, entrada de mi palacio!» En seguida refiere Menippo á Filonidas, que, cansado de la incertidumbre de las doctrinas se había dirigido á un discípulo de Zoroastro. Este mago por excelencia, llamado Mithrobarzanes, tenía siempre largos los cabellos y la barba. Admitió á Menippo, le lavó du- rante tres meses enteros en el Eufrates, siguiendo el curso de la luna y murmurando largas preces; le es- cupió tres veces en la nariz, le zambulló del Eufrates en el Tigris, le purificó con cebolla marina, le con- dujo á su morada caminando hácia atrás; le armó con la clava, la lira y la piel del leon, y le encargó que se llamase Ulises, Hércules ú Orfeo. Terminada la iniciacion, Menippo descendió á los infiernos, con- ducido por Mithrobarzanes: allí le aconsejó Tiresias que olvidase las quimeras filosóficas, diciéndole: «La mejor vida es la mas comun.»

El libro titulado *Las sectas en almoneda*, presenta el cuadro completo de sus diversos caracteres. Júpiter manda preparar sillas: Mercurio, investido con el car- go de ugier, llama á los mercaderes para que com- preñ toda clase de vidas filosóficas; se darán á crédito de un año, mediante fianza. Júpiter manda princi- piar por la secta itálica.

MERCURIO.

¡Hola, Pitágoras! baja y da la vuelta á la plaza. Hé aquí una vida celestial: ¿quién la comprará? ¿quién quiere ser mas grande que el hombre? ¿quién quiere conocer la armonía de las esferas y resucitar despues de su muerte?

UN MERCADER.

¿De dónde eres?

PITAGORAS.

De Samos.

EL MERCADER.

¿Dónde has estudiado?

PITAGORAS.

En Egipto con los sabios.

EL MERCADER.

Si te compro, ¿qué me enseñarás?

PITAGORAS.

Haré que te acuerdes de lo que supiste en otro tiempo.

EL MERCADER.

¿Cómo?

PITAGORAS.

Purificando tu alma.

EL MERCADER.

¿Cómo la instruirás?

PITAGORAS.

Por medio del silencio. Estarás cinco años sin ha- blar.

EL MERCADER.

¿Y despues?

PITAGORAS.

Te enseñaré la geometría, la música y la aritmé- tica.

EL MERCADER.

Sé esta última.

PITAGORAS.

¿Cómo cuentas?

EL MERCADER.

Uno, dos, tres, cuatro.

PITAGORAS.

Te equivocas: cuatro es diez, el triángulo perfecto y el juramento, etc.

(Desnudan á Pitágoras y se ve tiene un muslo de oro. Trescientos mercaderes le compran por diez minas). (Llaman á Diógenes.)

UN MERCADER.

¿Qué podré hacer de este animal sino un sepultu- rero ó un aguador?

MERCURIO.

No, un portero, porque ladra y se llama á sí mismo perro.

EL MERCADER.

Temo que me muerda; rechina los dientes y me mira de soslayo.

MERCURIO.

Nada temas, está domesticado.

EL MERCADER.

Amigo, ¿de qué país eres?

DIÓGENES.

De todos los países.

EL MERCADER.

¿Qué profesion es la tuya?

DIÓGENES.

Médico del alma y heraldo de la libertad y de la verdad.

EL MERCADER.

Maestro, si te compro ¿qué me enseñarás?

DIÓGENES.

Te encerraré con la miseria, no te cuidarás de tus parientes ni de tu patria: abandonarás la casa pater- na: habitarás algunas ruinas, algun sepulcro, ó como

yo, un tonel. Tu renta consistirá en tu alforja llena de mendrugos y de libracos viejos: disputarás con Júpiter sobre la felicidad, y si te azotan te reirás.

EL MERCADER.

Para eso sería preciso que mi piel fuera una concha de ostra ó de tortuga.

DIÓGENES.

Te explicaré mi doctrina: Censurarlo todo, tener la voz áspera como un perro, aspecto bárbaro, porte feroz y salvaje; vivir en medio de la multitud cual si no hubiese nadie; estar solo en medio de todos; pre- ferir la Venus ridícula, y entregarse en público á lo que otros se avergüenzan de hacer en secreto. Si te fasti- dias, tomarás un poco de cicuta y te irás de este mundo: tal es la ventura, ¿la quieres?

Despues de Diógenes, por el cual dieron dos óbo- los, Mercurio hizo venir á Aristippo que estaba ébrio y no pudo responder, Mercurio explicó su doctrina que consistía en no cuidarse de nada, en servirse de todo y en buscar la voluptuosidad sin mirar donde.

Heráclito y Demócrito, compendio de la sabiduría y de la locura, sucedieron á Aristippo: el uno reía y el otro lloraba. Demócrito reía porque todo es vani- dad, y el hombre no es sino un concurso de átomos producidos por el acase: Heráclito lloraba porque el placer es dolor, el saber ignorancia, la grandeza baje- za, la salud enfermedad, y el mundo un niño que juega á la taba y se atormenta por un ensueño. Herá- clito se lamenta de lo pasado, se fastidia de lo presente y se asusta de lo futuro.

Júpiter mandó avisar á Sócrates.

UN MERCADER.

¿Quién eres?

SOCRATES.

Un amante de los mancebos y maestro en el arte de amar (86.)

UN MERCADER.

En ese caso mi hijo es demasiado hermoso para que te confie su educacion.

SOCRATES.

No soy amante del cuerpo sino del espíritu: aun cuando durmiese con tu hijo no mediaría entre no- stros deshonestidad alguna.

EL MERCADER.

Eso es muy sospechoso...

SOCRATES.

Lo juro por el perro y el plátano.

EL MERCADER.

¿Cuál es tu doctrina?

SOCRATES.

He inventado una república y me gobierno con ar- reglo á sus leyes.

EL MERCADER.

¿Que se hace en tu república?

SOCRATES.

Las mujeres no pertenecen á un solo marido, por- que cada hombre puede tener comercio con todas,

EL MERCADER.

¿Quedarán, pues, abolidas las leyes contra el adulterio?

SOCRATES.

Simplezas.

EL MERCADER.

¿Y qué has establecido respecto de los mancebos hermosos?

SOCRATES.

Serán el premio de la virtud, y su amor la recompensa del valor.

Sócrates fue vendido por dos talentos.

Epicurio vino despues de Sócrates: Este, dijo Mercurio, es el discípulo del risueño Democrito, y del gran bebedor Aristippo: le agradan las cosas dulces y melosas.

Crisippo el estóico, con la barba larga y los cabellos cortos, es pregonado como la virtud misma, y como censor del género humano, Crisippo es el único sabio rico, elocuente, bueno, justo: explica al mercader absorto que existen cosas principales y cosas menos principales; accidentes, y accidentes de accidentes; pretende enseñarle los silogismos: *El segador, el predominante, el elector, el enmascarado*; pruébale que él mercader, no conoce á su padre, que es una piedra ó un animal, un animal ó una piedra (87.)

El peripatético sucede al estóico: sabe cuanto tiempo vive un mosquito, hasta qué profundidad pe-



ASAPE Ó COMIDA DE LOS CRISTIANOS.

netran los rayos del sol en el mar, y cuál es el alma de las ostras (88). El diálogo termina en Pirrias (por Pirroa.)

EL MERCADER.

¿Qué sabes, Pirrias?

EL FILOSOFO.

Nada (89.)

EL MERCADER.

¿Cómo nada?

EL FILOSOFO.

Porque, no sé si existe alguna cosa.

EL MERCADER.

¿Y nosotros no existimos?

EL FILOSOFO.

No sé (90.)

EL MERCADER.

¿Y tú, no existes?

EL FILOSOFO.

Aun lo sé menos (91.)

EL MERCADER.

Acabo de comprar: ¿no eres mio?

EL FILOSOFO.

Me abstengo y considero (92.)

EL MERCADER.

Sígueme, eres mi esclavo.

EL FILOSOFO.

¿Quién losabe?

EL MERCADER.

Los que están aquí.

EL FILOSOFO.

¿Qué hay aquí alguno?

EL MERCADER.

Te probaré que soy tu dueño. (Le golpea.)



DIÓGENES Y SU TONEL.

EL FILOSOFO.

Me abstengo y considero.

Luciano en la *Hermotina* ó las *Sectas* acabó de destruir el edificio del orgullo humano.

Así aparecían, humillados y vencidos por el tiempo, aquellos filósofos, que en otra época fueron honor de la humanidad; aquellos sabios, que en medio de las naciones mancilladas y materialistas, habían conservado las verdades de la ciencia, de la moral y de la religión natural hasta que se corrompieron juntamen-